



DESCUBRE una obra de arte de
Emilio Varela



DESCUBRE una obra de arte de
Emilio Varela

UN DIÁLOGO CON VARELA

Los momentos que cambian una vida son a veces fugaces. La visión de una fotografía de Guadalest, cuando mediaba la primera guerra europea, llevó a Emilio Varela (1887-1951) a subirse en tren desde Alicante a Benidorm y a seguir viaje en diligencia hasta el pueblo de montaña. De algún modo, con esta experiencia descubrió aspectos nuevos del paisaje natural que incorporó a su pintura. Su viaje a París en 1928, invitado por su amigo el compositor Óscar Esplá para asistir al estreno de su obra El contrabandista, le procuró por otra parte una mirada renovada a Cézanne que derivó en un cambio de su técnica y estética al ir abandonando su impresionismo juvenil.

En ninguno de estos momentos -ni en la visión de la fotografía de Guadalest ni al saberse invitado al estreno parisino- preveía la relevancia que ambos detalles tendrían en su itinerario artístico: en la evolución de una obra tan personal como la suya a pesar de no sentirse reconocido en su tiempo.

El Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, de la Diputación de Alicante, cuenta en su recorrido con varias aproximaciones al mundo del pintor. Ineludible es citar la edición del libro Varela y su entorno (notas para una biografía) de José Bauzá en 1979, cuando la institución se denominaba todavía Instituto de Estudios Alicantinos. Ineludible es recordar también el documental basado en este libro –en su título filmico sólo se sustituyó la palabra “notas” por “secuencias”–, del que el propio Bauzá escribió el guión literario junto a José Ramón Clemente, que fue quien lo dirigió con la colaboración de Domingo Rodes como director adjunto. Grabado y montado durante 1981-1982 en super 8, y como aportación a una serie de “Pintura y pintores alicantinos”, el actual IAC Juan Gil-Albert ha recuperado sus treinta y ocho minutos en los que se relata la vida del artista, insertándose ejemplos de su obra.

La última atención al mundo de Varela ha sido su inclusión –no es la primera vez– en el programa de una de las actividades más sólidas del Gil-Albert: “Descubre una obra de arte”, donde a través de una conferencia se explica una pieza artística ante la muestra de su original. En

este caso se escogió Vista de Alicante, calle de Cervantes y plaza del Ayuntamiento, de 1929, una mirada del pintor desde lo alto a un espacio urbano de su ciudad natal. La conferenciante fue la periodista Cristina Martínez, redactora cultural del diario Información que tantas veces relata cada reaparición de la memoria de Varela. El texto de la conferencia, pronunciada el 7 de febrero de 2018 en el Mubag, donde se conserva el original, es el que sigue en estas páginas, recreando esa limpieza extrema del pintor y su capacidad para captar el alma del paisaje, incluido el urbano, de la que ha hablado Juan Manuel Bonet, director del Instituto Cervantes.

En la letra de Cristina Martínez descubrimos un diálogo con la obra que es, al mismo tiempo, un diálogo con Varela. “Un cuadro – dice– que al mirarlo te mira y te hace elevarte”.

JOSÉ FERRÁNDIZ LOZANO
Director del IAC Juan Gil-Albert

VISTA DE ALICANTE, CALLE
DE CERVANTES Y PLAZA
DEL AYUNTAMIENTO

Cristina Martínez Álvarez

Quería contarles una historia. No la de Emilio Varela, que pueden conocer perfectamente recorriendo este interesante "laberinto luminoso" que nos propone el Mubag. Tampoco la historia de este cuadro, "Calle de Cervantes y Plaza del Ayuntamiento," porque aquí tienen los datos: 100x86 centímetros, pintado alrededor de 1929, perteneciente a los fondos de la Diputación de Alicante. Quería contarles mi historia, la historia de las sensaciones que provocó en mí la visión, la contemplación, de esta obra de arte. Porque "Descubrir una obra de arte", título de este ciclo al que el Instituto Gil-Albert me ha invitado a participar, supone también descubrir al artista, un artista, Emilio Varela, que necesita el empujón necesario de acciones continuadas en el tiempo como la que se está realizando desde este centro, de

la mano con el Consorcio de Museos de la Generalitat Valenciana.

No sabría explicar muy bien por qué la elección de este cuadro. No encuentro una justificación concreta, única, artística o arquitectónica, colorista, paisajística o evocadora. Lo que sí sé es que cuando la vi por primera vez sentí vértigo. Esa sensación en la boca del estómago que provoca la montaña rusa o un cambio de rasante. Esa sensación de caída libre, en picado. Esa sensación de la que te salvas cuando al llegar al fondo recuperas altura.

Imaginé a Emilio Varela en la torre del reloj del Ayuntamiento, igual que lo pensé mirando la ciudad desde las laderas del castillo de Santa Bárbara o acomodado en la torre del campanario de Benimantell. Y lo vi arriba, poderoso, asido a los pinceles marcando el lienzo, dejando caer la vista y también a mí, cuando vi el cuadro y cuando vuelvo a mirarlo una y otra vez.

Con esta metáfora quería invitarles a que miren este cuadro y se dejen arrastrar por esas sensaciones, que se pongan en el lugar desde donde Varela lo trazó y se dejen arrastrar por esa pendiente.

De esta forma querría introducir mi punto de vista sobre esta obra en la que Varela, en la mejor y más brillante etapa de su vida personal y artística, juega con las distancias y ofrece una visión a la vez, y aunque pueda parecer paradójico, deformada y fiel de una parte de la ciudad, una ciudad que fue uno de los ejes vertebradores de su producción pictórica y a la que dedicó multitud de obras; una ciudad que le dio lo mejor, a veces, y a la que él correspondió retratándola una y otra vez, tal como era pero muy distinta, engrandecida, brillante, llena de cromatismo, fiel al espíritu del artista que veía más allá, con el filtro de esos ojos claros y receptivos al color.

Pero vayamos por partes.

1. EL MARCO

En la segunda década del siglo XX, mientras Emilio Varela exponía en el Ateneo y daba las últimas pinceladas a este cuadro, ocurrían muchas cosas en España y en el mundo. Relacionadas con el arte y también con la vida.

En 1929, Azorín publicaba "Superrealis-

mo” y Óscar Esplá componía “Canciones playeras”, para soprano y orquesta, dedicadas precisamente a Varela. También ese año, su gran amigo Gabriel Miró publicaba enriquecida y aumentada “El abuelo del rey”, considerada una de las mejores obras del autor.

Picasso, Dalí, Paul Klee o Modigliani vivían también sus momentos artísticos más exultantes.

André Breton trasladaba al surrealismo sus poesías igual que Luis Buñuel lo hacía en sus películas, con su cinta rodada en 1929 “Un perro andaluz” como gran ejemplo, y James Joyce publicaba “Ulises”.

En España nacía la Generación del 27 y se fundaba la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas.

En 1929, Fleming descubría la penicilina.

La primera ceremonia de entrega de los Oscar fue ese mismo año, justo antes del crack en la Bolsa de Nueva York y de que Mussolini ganará las elecciones de lista única en Italia.

Después de este contexto, para situar a Varela en el mundo, saltamos a la...

2. ARQUITECTURA

El contraste de imágenes, la superposición de planos, se evoca en esta obra como en muchas otras estampas de la ciudad, en las que da cuenta de una arquitectura que él plasma irregular, con falsas proporciones. Si hacía alusión al principio a la perspectiva en picado que ofrece el cuadro y a la recuperación del camino en un ascenso irreal y alejado del paisaje contemplado, es cierto que Varela enfoca su obra al mar, obliga a levantar la cabeza para divisar el horizonte, un horizonte donde se ve, o más bien se intuye, el cabo de Santa Pola. Un horizonte en el que también recoge la Aduana del Puerto, un área hoy irrecognocible.

La calle Cervantes en el siglo XIX era calle de La Aduana y más tarde Acera del Prado, y la plaza del Ayuntamiento, en ese momento, se llamaba El Enlosat, según recoge el arquitecto Santiago Varela en "Miradas sobre Emilio Varela", libro editado en 2005 precisamente por el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, en el que se incluyen además las intervenciones realizadas por Eduardo Lastres

y Juan Manuel Bonet, en unas jornadas que se celebraron en Alicante sobre el pintor.

Si Emilio Varela es uno de los máximos estandartes alicantinos del arte en ese momento, su equivalente en arquitectura entonces podría ser Juan Vidal, autor del antiguo Hospital Provincial, hoy Museo Arqueológico de Alicante, del Palacio de la Diputación y también de la Casa Carbonell, que define en el texto antes citado Santiago Varela, sobrino-nieto del artista, "en un estilo que aúna el barroquismo local con los lenguajes parisinos fin de siglo".

Y aunque la Plaza del Ayuntamiento se convierte más en el punto de partida de la obra que en motivo de ella, resulta un cuadro excelente para ver la particular perspectiva que el artista imprimía en sus trabajos. Las casas con pórticos del siglo XIX, la sombra, breve y alargada, de la citada Casa Carbonell; las azoteas típicas de las construcciones alicantinas que aún mantienen su entereza, los balcones estrechos y a la izquierda, el ya hotel Palas, antiguo palacio de los condes de Soto Ameno y hoy reconvertido en dependencias municipales.

3. CIUDAD

“Hay una limpieza extrema en Varela, una asombrosa capacidad para captar el alma del paisaje, incluido el urbano”. Lo escribía Juan Manuel Bonet, en su artículo “Alicante moderno. De Azorín al Hotel Gran Sol”, como un hecho significativo del artista en su forma de reflejar su ciudad.

Y este cuadro retrata justo el centro de esa ciudad. Al lado de la calle Cervantes y la Plaza del Ayuntamiento estaba, y está, el Paseo Ramiro, tantas veces plasmado en sus obras, donde vivían su amigos Carlos Carbonell y Marita Masiá, amigos de los de verdad y mecenas, y en cuya casa conoció a Rafael Alberti, a Jorge Guillén, a García Lorca... Y detrás, el Castillo de Santa Bárbara, su castillo, que tantas y tantas veces pintó con ese amarillo Varela inigualable. También cerca estaba La Decoradora, donde expuso en infinidad de ocasiones, incluidos sus primeros paisajes de Guadalest que sorprendieron a todos, donde tantas veces consiguió los pinceles y tubos de óleo que fueron la semilla de su creación artística; donde pasó horas y horas conversan-

do con Mingot, en una amistad forjada desde 1919 cuando se inauguró esta sala. Cerca igualmente del Ateneo de Alicante, su centro de exposiciones, su refugio, su casa, adonde le llegaba la correspondencia y desde donde escribía las cartas a algunos de los grandes del momento. Allí, donde expuso una decena de veces, casi anualmente, entre 1923 y el comienzo de la guerra, exposiciones convertidas en auténticos acontecimientos en la ciudad.

También cerca de la estampa de este cuadro está el Postiguet, en el que inmortalizó el balneario la Alianza, y el agua de ese mar que tanto le cautivó, reflejado en sus lienzos con un puntillismo luminoso y mágico. Y no muy lejos tampoco de Barón de Finestrat, antes calle Teatinos, donde nació y donde murió, en la casa construida sobre la bodega familiar. En la que se formó en el colegio La Educación y en la que empezó a querer ser pintor en la Academia de Lorenzo Casanova, dirigida por Pericás desde 1900, y ubicada en Doctor Gadea, antes calle Luchana, donde rápidamente vieron su potencial.

Una ciudad que compartió con los mejores intelectuales de su época, la llamada

Edad de Plata alicantina, poniendo luz y color a las obras de sus dos grandes amigos, Gabriel Miró y Óscar Esplá. También con los hermanos Bernácer, Juan Vidal, Eduardo Irles... Todos dieron a Alicante un brillo y una trascendencia nunca repetida en la historia de Alicante. El mismo brillo y luminosidad que Varela imprimió a sus obras, redescubriendo matices, aportando visiones y detalles, de espacios cotidianos imperceptibles a la mirada habitual. También la relación que mantuvo con Sorolla, que le recibió en 1905 en Madrid con los brazos abiertos al ver su potencial artístico, y allí estudia durante tres años. Fue precisamente el pintor valenciano quien le animó a que pintara sin el negro, para sustituirlo por violetas o azules oscuros. Y el que paradójicamente le presentó a Óscar Esplá, músico gracias al cual viajó a París y conoció esa modernidad que muchos se niegan a otorgarle.

Esta época brillante concedió a Alicante fama en todo el país. Tanto es así que hasta aquí vinieron antes de la Guerra Civil figuras claves de la intelectualidad y el arte, como los escritores Rafal Alberti, María Teresa León, Unamuno, Jorge Guillén o Pedro Salinas, o la

actriz Margarita Xirgú o el compositor Ernesto Halffter o los pintores Manuel Vázquez Díaz y Benjamín Palencia. Precisamente en esta exposición del Mubag, encontramos el diálogo entre obras de estos dos artistas, procedentes del Museo Reina Sofía, con otras de Varela, en un afán del comisario, Jordi Navas, por establecer la relación del pintor con algunos de sus coetáneos, con los que compartió más que arte. Es el caso de Vázquez Díaz, que visitó Alicante en varias ocasiones e incluso llegó a ir a la montaña con el grupo de intelectuales con los que se reunía Varela, momentos de los que ha quedado constancia en fotografías. También con Benjamín Palencia, con quien tenía una relación personal.

“Somos nosotros un grupo de amigos que gustamos del olor de la leña quemada y de la sembradura húmeda, y amamos los perros campesinos, las nieblas de los prados y de las cimas, el vuelo de las gaviotas (...) y burlando y riendo de nosotros y con frecuencia por divertirnos de un íntimo desaliento, nos llamamos genios y todo”, escribía Gabriel Miró. Porque se reunían en Alicante, pero también en la montaña, en la Masía El Molí, en la casa

de campo de Óscar Esplá, donde las comunicaciones eran escasas y el único transporte era el lomo de un burro.

Por eso este cuadro es la calle Cervantes y la plaza del Ayuntamiento, y el puerto y el mar, pero distinto a hoy en día no solo porque hayan pasado 90 años desde que esta obra existe, tiempo suficiente para que todo el entorno haya cambiado, como así ha sido. Si Emilio Varela pintara hoy desde el mismo lugar la misma vista sería también otra a la que vemos, como lo es esta que retrató, porque así era su pintura, siempre iba más allá. Por eso, esta transformación y esta consideración de su obra como una importante página de la historia de la ciudad y su entorno es un aspecto a destacar con más intensidad si cabe en los lienzos en los que retrata la huerta de Alicante, hoy transformada, y en muchas ocasiones -más de las deseadas- destruida por el feroz urbanismo, como muy bien sabe y explica Santiago Varela en el vídeo que acompaña la exposición del Mubag, convirtiendo esas obras en testimonio de la memoria colectiva.

Pero era diferente época. Su traslado a la huerta de Alicante coincidía con la posguerra, una época especialmente dura para la familia. También una caída libre después de una etapa de florecimiento que Varela vivió hasta la Guerra Civil en su ciudad. Una ciudad en la que, como asegura Rosa Castells, encuentras Varelas en todos los rincones. O quizá sea otra ciudad reinventada la que podemos ver a través de sus cuadros. No idílica. Pero sí bajo un prisma muy particular.

4. EL COLOR

El tratamiento del color de Varela es uno de los grandes misterios y a la vez de los grandes valores de su pintura. Y este cuadro es uno de los ejemplos de su uso del cromatismo.

El juego de luces y sombras incita al contraste entre las zonas sombreadas y las áreas luminosas, que brillan igual que ese potente sol que le cautivó.

El amarillo cadmio responde a la época más exultante del artista, sus años brillantes, felices, con su ciudad y con su entorno. Acom-

pañado de tonos anaranjados y verdosos, en una amplia paleta cromática que hace de la visión un todo uniforme en la que contrasta esa torre abovedada de la Casa Carbonell en azul oscuro, nunca negro, tal como le enseñó Sorolla. Y también ese horizonte gris, alejado de la luminosidad presente, de la luz del primer plano.

Esas mismas tonalidades las repetirá una y otra vez en sus estampas del castillo y el Benacantil, acuchilladas por los rayos del sol, y en las callejuelas del Casco Antiguo y también en sus paisajes.

Si echamos un vistazo a su trayectoria, comprobaremos que pintar al aire libre fue siempre una de sus constantes. Dicen que fue uno de los primeros artistas que se dejó atrapar por esta práctica. Quizá ese sea el secreto de sus tonalidades. Ver, mirar, no solo con los ojos, sino también dejarse atrapar por los sonidos, las sensaciones del viento, el calor o el frío, los olores de la ciudad. En definitiva, pintar con todos los sentidos. Algo, en lo que puede entroncar con el francés Paul Cezanne, a quien Varela admiraba.

Violeta cobalto, amarillo cadmio, verde esmeralda, azul ultramar y tierra sombra tostada. Estos son los fundamentos de la paleta de este artista, de la que podemos conocer más en la exposición de Emilio Varela, gracias al trabajo realizado por María José Gadea.

5. MODERNIDAD

El valor de Varela está en retratar una época, un tiempo, e interpretarlo; en que reconocemos lo que vemos, o no, pero se nos hace cercano. El valor de Varela es su pintura. Y así debe ser para nosotros desde Alicante, pero también para cualquiera que mire a los ojos de esa pintura en Madrid, París o Estados Unidos. Ese es el valor de esta calle Cervantes y de esta perspectiva de la Plaza del Ayuntamiento. Que puede ser todas las calles, cualquier calle. Aunque sea la suya.

El elemento vivo es puramente anecdótico, insignificante, sin movimiento. Así son los personajes desdibujados de Varela cuando no son el centro del cuadro, unas manchas, como en este óleo en el que vemos un carro y caba-

llos o animales de tiro al fondo que pueden pasar desapercibidos, que parecen manchas del paisaje, motas insignificantes, desproporcionadas. Esa falta de elementos humanos en la mayoría de sus paisajes, solo desdibujados como elementos circunstanciales, nunca protagonistas, también imprime a la obra cierto aire abstracto.

Y eso también es lo que le hace moderno. O más bien, autor de "Una pintura ultramoderna", según aseguraba el crítico del Diario de Alicante al ver la exposición en la que participó el artista alicantino en 1918 en el Círculo de Bellas Artes. Ese fue su primer gran triunfo. Sus paisajes calaron en la sociedad y Varela pasó a ser alguien.

La "pelea", entre comillas, con las vanguardias se diluye en cierta manera al enfrentarse a obras como esta, donde vemos una pintura moderna, distinta, de un trazo inusual y una perspectiva avanzada. Las vanguardias las conocía, Paul Cezanne, Sorolla... Varela dominaba todas las técnicas, sabía de los movimientos de vanguardia, los asimilaba, pero los adaptaba a su convicción, a su creencia en el arte como algo particular, único, como un

motivo de fidelidad y honestidad hacia uno mismo. Pintar su ciudad, pintar sus rincones, pintar su campo, pintar sus montañas, no supone cerrarse al resto del mundo. “Un pintor muy local pero de alcance universal”, decía Juan Manuel Bonet en 2004, siendo director del Museo Reina Sofía, cuando Varela estuvo a punto de reinar en ese centro, algo que finalmente no cuajó y la exposición de Madrid quedó en el aire.

Su interés por las vanguardias queda patente si se hace un recorrido por la biblioteca del artista, como explica Santiago Varela, en su artículo del catálogo de “Emilio Varela. Pintor universal”. Precisamente en los años 20, cuando Varela pinta este cuadro, fue la época en la que más se interesó el artista por conocer esa renovación del mundo del arte y son muchos los libros que poblaron sus estanterías acerca de estos movimientos.

Veamos a Varela desde el mundo actual. Ya sabemos cómo se ha visto su pintura en el pasado y su vida (casi toda, quitando el lapsus de tiempo entre 1912 y 1917 que se pierde su pista). Miremos a Varela con los ojos de hoy para poder ver el Varela moderno, el Varela

rompedor, el Varela que pinta un Alicante real, es cierto, que recoge en sus lienzos rincones, fachadas, balcones, cielos, mar... pero que se aleja de ellos como si hiciese un amago, como una imagen en movimiento reinterpretando y pintando no lo que ve con sus ojos sino lo que siente a través de sus pinceles, del tamiz de su interpretación.

Abramos los ojos a la modernidad de su pintura. Retrocedamos en el tiempo, hasta finales de los años 20, cuando pintó este cuadro y otros muchos, más de 1.000, catalogados para la exposición celebrada en la Lonja de Alicante en 2010, comisariada por Rosa Castells y Eduardo Lastres, y veamos con la perspectiva histórica. Si hoy su trazo, su pincelada, sus perspectivas, sus colores nos parecen suficientemente innovadores para la actualidad, pensemos en lo que supuso para la creación artística del momento. Un hito, un antes y un después, la introducción del arte moderno en la ciudad y en la provincia. Y habrá que trabajar para que así se conozca y se reconozca fuera de su entorno, plagado de palabras elogiosas que rebotan y vuelven al punto de partida.

Benjamín Palencia definió a Varela como “el más universal de todos los pintores levantinos, incluyendo Sorolla”, tal como recogía José Bauzá en su trabajo “Benjamín Palencia, ave de presa del paisaje español en Alicante”, publicado en el diario *Información* en 1960; Eusebio Sempere y Manuel Baeza lo reconocían como “el pintor alicantino más importante del siglo XX”, en otro artículo firmado por Rafael Navarro Mallebrera también en *Información* en 1999. Incluso el crítico contemporáneo de Varela, Manuel Sánchez Camargo, decía que era “uno de los pintores más importantes de Europa”. Todos estos testimonios, recogidos por el crítico Miguel Cereceda en el catálogo de la exposición de 2010. Igual que la adquisición por parte del Estado en 1923 de los cuatro cuadros expuestos por Varela con destino al Museo de Arte Moderno de Madrid, dos de ellos propiedad en la actualidad el Museo Reina Sofía y expuestos ahora dos pisos más arriba. Todo esto da muestra del valor de su personalidad y su producción artística.

Algo pasó entre ese momento y el actual para que haya que estar reivindicando su figura, injustamente desconocida fuera de

esta ciudad, y sea el deber de todos hacer que Emilio Varela levante la cabeza.

Igual que en esta obra, "Calle de Cervantes y Plaza del Ayuntamiento", en la que lejos de cortar su punto de mira, lo eleva, levanta la senda, propone una cuesta, un camino hacia arriba a seguir, una visión a la lejanía. Un cuadro que al mirarlo te mira y te hace elevarte. Allí, desde la torre del Ayuntamiento de Alicante que podría ser cualquier torre, cualquier terraza, cualquier cima, cualquier mirador. Desde donde Emilio Varela se sentía grande. Y desde donde nos hace sentir grandes también a los que ahora lo miramos.

Índice

<i>Un diálogo con Varela</i>	3
Vista de Alicante, calle de Cervantes y plaza del Ayuntamiento.....	7
1. El Marco.....	9
2. Arquitectura.....	11
3. La Ciudad.....	13
4. El Color.....	18
5. Modernidad.....	20



Emilio Varela Isabel (Alicante, 1887-1951)

Vista de Alicante, calle de Cervantes y plaza del Ayuntamiento.

Ca 1929.

Óleo sobre tela, 100 x 86 cm.

Edición no venal

Edita: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert
San Fernando, 44. 03001 Alicante

Coordinación: Juana María Balsalobre García
Textos: José Ferrándiz Lozano. Cristina Martínez Álvarez

Diseño de cubierta: Susana Guerrero Sempere
Maquetación: José Morón Morillo

Imprime: Imprenta Provincial de Alicante

Depósito legal:

